

~ Reseñas ~

JOËL BONNEMAISON. *Culture and Space –Conceiving a New Cultural Geography–* London: I.B. Tauris, 2005.

Joël Bonnemaïson es una de las voces más representativas de la llamada nueva geografía cultural; su trabajo abunda en observaciones sobre la integración de los grupos humanos y el entorno natural a través del ejercicio de prácticas rituales y de convivencia comunal; su mirada es siempre inclusiva, totalizante. Por ello, también, su perspectiva teórica en el análisis de los espacios implementa sin ningún resquemor algunas de las herramientas conceptuales pertenecientes a otras disciplinas.

Este geógrafo francés se interesó desde muy joven por las naciones insulares, tales como Madagascar o Vanuatu; su vida fue siempre un constante trajinar entre el aula y el campo abierto, se movilizaba seguro de que el ejercicio académico entrañaba la necesidad de entrar en contacto con la experiencia vital de grupos humanos de muy variada índole, sin importar que a esto se le aparejara la necesaria incomodidad del desplazamiento a las antípodas. *Culture and Space –Conceiving a New Cultural Geography–* es un libro testimonial, en cuyas páginas es posible reconocer al menos un poco del gran legado de este célebre geógrafo.

Se puede afirmar que éste es un texto que tiene múltiples orígenes; esto porque su composición no se dio como resultado de un proyecto escritural homogéneo, sino que ha sido la consecuencia de una laboriosa recopilación que, a modo de homenaje póstumo, su esposa (Martine Bonnemaïson) y un par de alumnos (Maud Lasseur y Christel thibault) llevaron a cabo. El geógrafo francés fallece súbitamente en Nueva Caledonia durante el verano de 1997

y sólo con las notas dejadas sobre el escritorio, conferencias dictadas, e incluso charlas de pasillo, este libro va adquiriendo cuerpo hasta ver la luz, siendo publicado finalmente por aquellos que tuvieron la fortuna de compartir con él la vida personal y académica. La estructura de este libro anuncia la condición pedagógica del discurso de Bonnemaison; se parte de una introducción general no exenta de cierto necesario entusiasmo, se sigue con la descripción de los principales conceptos de la geografía cultural, tales como el territorio, el espacio, el geosímbolo y —como corazón de todo— una justa disquisición sobre el concepto de cultura y sus límites. Como el buen intelectual que es, Bonnemaison se muestra consciente de las necesarias restricciones que las personas tenemos que enfrentar en nuestros ejercicios reflexivos; concluye sus notas con una pregunta que apunta hacia el futuro de la disciplina geográfico-antropológica, en la cual él mismo es una de las voces más definidas. ¿Es el territorio el nuevo paradigma de la geografía humana?

Bonnemaison desarrolló desde muy joven un profundo sentido de indagación en la vida colectiva, entendida ésta como el resultado visible que la asociación de los individuos genera; es decir, la intimidad anímica que cobra forma y materia a través de la solidaridad. Las personas, además, no sólo se vinculan como respuesta a las urgentes demandas de la supervivencia, sino que entienden o comprenden que entre ellas existe una sustancia común que precisa ser comunicada. La identidad tiene en las marcas del espacio una de sus señales más visibles.

Bonnemaison pertenece a la stirpe de los humanistas verdaderos y, como ellos, reconoce en el ser humano la autonomía creadora que ha sido capaz de levantar la complejidad de la civilización desde sus orígenes de polvo. Para él la relación entre la comunidad humana y el escenario natural está marcada por la búsqueda de la significación más que por las urgencias materiales. La rudeza del entorno adquiere un valor de representación cultural fundado en el símbolo como el último vehículo de la expresividad; es decir, se trata de una geografía antropológica que coloca a la persona en el centro mismo del espacio bruto. A diferencia de las filosofías materialistas, la de Bonnemaison es más bien una estrategia de compren-

sión cultural que toma en cuenta no sólo las luchas de clase, sino también los mitos, el culto y la representación. Este geógrafo no vacila en declarar que el mundo material no es suficiente y que, en realidad, lo sensible es sólo el vehículo de las presencias metafísicas que nos envuelven y otorgan sentido. Bonnemaison insiste en que el ser humano es una compleja red de emociones afectivas vinculadas a la colaboración y el desarrollo colectivo.

El ser humano se constituye a partir del binomio intimidad-comunión. Las fuerzas sociales nunca han sido suficientes, han sido, para decirlo de un modo más preciso, únicamente importantes; sin embargo, la vocación del individuo de aspirar a formas más refinadas de comprensión le ha conducido a la necesaria condensación de pulsiones a través de formalizaciones comunicables, tales como la danza, el rito y la leyenda. En esta serie de expresiones profundas la geografía cumple un papel importante al servir de escenario para el acontecer vital de los pueblos; a diferencia de las corrientes economicistas de pensamiento, la cultura escapa a todo posible determinismo para proponer siempre la posibilidad de la irrupción y el cambio en apariencia caprichoso. En Bonnemaison la historia, el territorio y la identidad son los afluentes que conforman una visión alerta y vital de la vida humana y sus representaciones. Los seres humanos son quienes constituyen el espacio, quienes lo moldean de acuerdo a sus necesidades más íntimas de expresión y comunión. Los valores comunes vienen a ser una suerte de lenguaje compartido aunque impalpable, el cual encarna en formas artísticas o rituales; por ejemplo, el temor producido por un tótem terrible o la creencia en los poderes curativos que cierta danza suponen. Los símbolos unifican a los grupos humanos y los “anclan” a las regiones; así, los habitantes de un territorio que poseen un lenguaje común de representación tienen en la iconografía simbólica el elemento coordinante, y aun, justificante.

Como es de esperarse, la propuesta de Bonnemaison no pretende concluir o cerrar las posibilidades de exploración de la cultura y sus múltiples relaciones con el espacio. El francés no concluye –tal como acostumbra los pensadores deterministas– en una suerte de fórmula global capaz de explicar la compleja red que funde lo ma-

terial con lo humano. Su configuración teórica reconoce la imposibilidad de predecir en un campo que no está constituido necesariamente por una cadena de acciones motivadas, sino que crece a voluntad, reutilizando y proponiendo constantemente nuevos derroteros. Ante tal realidad no queda sino asumir que aquel deseo ilustrado de querer incluir el universo en un número finito de volúmenes enciclopédicos no es sino una evidente imposibilidad.

Los geógrafos más ortodoxos desaprueban perspectivas como las de Bonnemaison por juzgarlas un tanto esotéricas y carentes de rigor metodológico; también se le endilga la culpa de querer incluir en su aproximación crítica un conjunto demasiado heterogéneo, no sólo de paisajes o territorios, sino también de actividades y prácticas estudiadas por otras disciplinas sociales, como la antropología, la etnología y la sociología. Por otro lado, es cierto que la naturaleza fragmentaria del texto puede representar alguna dificultad para quien se disponga a leerlo de principio a fin, sin embargo y tratándose de un libro de consulta, esta situación resulta cosa menor y quizás hasta de cierto beneficio, puesto que abre las puertas a una lectura ágil, circular, recurrente. Además, para el estudioso de las manifestaciones literarias, estoy convencido que la lectura de un texto como éste le proveerá de algunos recursos teóricos de invaluable utilidad en la exploración textual. Entre estos descuella el concepto ya mencionado del geosímbolo, el cual, por ejemplo, permite al lector enterado una aproximación exegética más justa en la lectura de la alegoría o la metáfora. De este modo, el texto entendido como un territorio marcado por signos es al mismo tiempo un “espacio” de interacción, en el cual, aquellos que comparten la misma zona de experiencias vitales tienen la posibilidad del reconocimiento y la comunicación profunda. Para aquellos otros lectores que buscan romper las tendencias inmanentistas de las disciplinas teóricas de moda, este ejemplar, curioso en más de un sentido, representará, estoy seguro, una verdadera esperanza. El estilo directo y concreto facilita la asimilación de los conceptos abstractos, así como el necesario ejercicio relacional del lector dispuesto. Estoy seguro que la obra de este humanista es una llamada de atención que interpela por igual a la tradición en su línea dura y a los novísimos, caracteri-

zados estos por cierta proclividad a la frivolidad y el aspaviento. Finalmente, los seres humanos somos, además de los constructores de herramientas y los poseedores del lenguaje, los buscadores incansables del significado. Joël Bonnemaïson sabe esto y demuestra que, a pesar de los vértigos del tiempo, lo humano siempre permanece.

Alejandro Ramírez-Arballo  
The Pennsylvania State University